

habían probado que el valor italiano existía aun, se dispersaron entónces: el ilustre mirador Pedro Navarro, que había desempeñado un papel importante en todas estas guerras, cayó prisionero, y Carlos V mandó que fuese decapitado; pero compadeciéndose el gobernador de la fortaleza de aquel anciano guerrero, fué y le degolló con su propia mano.

El príncipe de Orange, nombrado virey de Nápoles, colmaba durante la paz los males causados por la guerra. Imputó á gran número de feudatarios haber favorecido á los Franceses, para enviarlos al suplicio y confiscar sus bienes, é hizo que los naturales pagasen seis meses de sueldo que se adeudaban al ejército saqueador de Roma. Tal fué el principio violento de aquel gobierno absurdo y tiránico, que durante dos siglos redujo á la miseria la mas hermosa parte de la Italia.

La defección de Andres Doria había sido el último golpe dado á la fortuna de la Francia. El marques del Guasto conoció, mientras le tuvo en sus manos, que estaba picado por el orgullo de los cortesanos franceses, y porque el rey había enviado á otro almirante á Levante, y pensaba trasladar el comercio de Génova á Savona, en cuyo puerto se habían empezado ya los trabajos. Habiendo conseguido el marques insinuarse en su ánimo, le aconsejó sustraer á su patria del yugo de los que acababan de saquearla y vulneraban sus privilegios. Génova parecía estar destinada, en efecto, á ser el objeto de vergonzosos mercados entre España y Francia, y esta última potencia la reservaba solo para deshacerse de ella á un precio ventajoso. Resolvió, pues, Doria arrancarla de las manos de ambas naciones contendientes, y sacrificando tímidas consideraciones de honor á la esperanza de ser el libertador de su patria, envió á Francia á pedir satisfacción de los agravios inferidos á Génova y á su persona. No recibíendola, se dirigió al emperador, quien le presentó condiciones que le agradaron, y en seguida enarboló la bandera imperial y proclamó la libertad de su patria (1). Acontecimiento de suma gravedad para Francia en circunstancias tan urgentes; porque, dice

constancia tienen la paciencia de aguardar la ocasión, y parece que dan por supuesto que los ejércitos de Vuestra Majestad y sus aliados han de consumirse por sí mismos; lo cual, habiéndose visto suceder otras veces, es necesario evitarlo por todos los medios necesarios en la empresa, que se dice está á punto de verificarse... Bueno sería llevar de Francia una cantidad conveniente de gastadores... que con dificultad se encontrará en Italia por haber muerto de hambre, peste, y de otras cosas la mayor parte de los aldeanos.»

(1) « M. Andres pedia al emperador 60 ducados de sueldo, la libertad de Génova, la extracción de diez mil salmas de trigo de Sicilia, con otras cosas de leve importancia. S. M. no solo le ha concedido lo que solicitaba, sino que ha escrito al señor príncipe diciéndole, que si la guerra termina de un modo favorable para él, asigne al capitán M. Andres un Estado en el reino, por valor de 8 á 10,000 ducados; entregando además 1,600 al conde Filipino, 700 á M. Cristóbal Pallavicino, persona adicta á M. Andres, y otros tantos á Erasmo, para que todos queden contentos de haberle servido. » *Lett. di Pr. á Pr.* 48.

Brantome, el que no es dueño de Génova y del mar, no puede dominar bien la Italia.

De este modo Doria dió el último golpe á la independencia de Italia, entregándola á Carlos V, y convirtiéndose luego en el abrigo y sosten de Felipe II; pero devolvió la libertad á Génova, negándose á aceptar la soberanía que le ofrecía Carlos V, poco partidario de las repúblicas (1).

Entretanto se negociaba por los soberanos una reconciliación necesaria á todos, y el emperador y el papa se pusieron de acuerdo en Barcelona. El pontífice obtuvo mejores condiciones que las que podían esperarse despues de una victoria, pues Carlos se comprometió á hacer que los Venecianos le restituyesen á Rávena y Cervia, y el duque de Ferrara á Módena, Reggio y Rubiera. Los Médicis serían restablecidos en Florencia y Esforcia en Milan, si probaban que no habían tomado parte en las tramas de Morone; los herejes quedarían sometidos en Alemania. El papa en recompensaría á Carlos la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles con solo el homenaje de la hacanea.

Por otra parte, Margarita, tia de Carlos y Luisa de Saboya, madre de Francisco, concluyeron en Cambray un arreglo (*Paz de las Damas*), por medio del cual renunciaba Francisco á los condados de Artois, Flandes y Charolais, y Carlos V á la Borgoña, que debía concederse en patrimonio al hijo que naciese de Leonor, futura esposa del rey de Francia, que llevaría consigo á los príncipes franceses que habían quedado en rehenes, y cuyo rescate se pagó á peso de oro. Francisco I, que para alcanzar condiciones mas ventajosas había hecho que las potencias italianas verificasen nuevos esfuerzos, las abandonó entónces vergonzosamente á la venganza española, renunciando á todos sus derechos, y no estipulando nada para sus aliados.

(1) Segni (*St. flor.* II) refiere haber oído decir á Luis Alamanni, « que hablando con Andres acerca del hermoso hecho con que este había salvado la patria, le dijo sonriéndose: « Sin duda, Andres, vuestra acción ha sido generosa; pero mas generosa y esclarecida sería aun, si no se extendiese al rededor no sé qué sombra, que no la deja brillar por completo. » Luis me aseguró que Andres, oyendo tales palabras, exhaló un suspiro, permaneció sin moverse, y despues, volviéndose hácia él con afable rostro, dijo: « Feliz el hombre que logra ejecutar una acción laudable, aunque sea valiéndose de medios no del todo buenos. Sé que no solamente tú, sino otros muchos pueden echarme en cara, que habiendo apoyado siempre la causa de Francia y alcanzado altos honores por favor del rey Francisco, le haya abandonado en sus mayores apuros, acercándome á un enemigo suyo. Pero si el mundo supiese cuán grande es el amor que he profesado á mi patria, me perdonaría, que no pudiendo salvarla y engrandecerla de otra manera, hubiese escogido un medio no exento de alguna culpa. No trataré de alegar que el rey Francisco, al paso que aceptaba mis servicios, no me cumplía la promesa de restituir la ciudad de Savona á mi patria, porque esto no basta para disculpar al que ha faltado á su antigua fe; pero quizá baste la certeza que yo tenia de que el rey no habría consentido jamás en declarar á Génova libre de su dominación, de un gobernador nombrado por él de la ciudadela. Habiendo obtenido yo todo esto felizmente con apartarme de su fe, puedo probar á cualquiera que mi acción brilla con toda claridad, sin que empañe su luz sombra alguna. »

Rey caballeresco, ahora estás en el caso de exclamar: « Nada se ha perdido, menos el honor. »

Margarita había dicho que por volver á ver á uno solo de los hijos del rey, hubiera dado mil Florencias; de consiguiente, esta ciudad que, engañada por las promesas de Francia, se había negado á oír á Doria y á sus mejores políticos, que la aconsejaban unirse al emperador, fué entónces vendida cobardemente, sin que se tuvieran en cuenta sus derechos ni sus quejas.

Habiendo cedido Carlos V á los Portugueses por 400,000 ducados sus derechos á las Molucas, llamó á Barcelona á Andres Doria prodigándole honores; y á bordo de su nave capitana marchó con un buen ejército hácia Italia. Esta acogió con alegría las esperanzas de un descanso deseado, cualquiera que fuese; las artes desplegaron á porfía su brillo en las fiestas que se hacían en honor de aquel en cuya suerte estaban decretados sus destinos. En Bolonia se abocó Carlos con el papa, y por espacio de cinco meses estuvieron viviendo bajo el mismo techo y negociando. El emperador quería conservar á Milan, como principal llave de sus posesiones en Italia; pero en atención á que el duque Francisco estaba abiertamente sostenido por los Venecianos y ocultamente por los demas príncipes, Carlos consintió en dejárselo, reservándose verificar su proyecto en tiempos mas tranquilos, lo que ejecutó. Concedió, pues, á Francisco Esforcia el ducado de Milan, excepto Pavía, que dió á Antonio de Léyya, y retuvo como prenda la ciudad de Como con el castillo de Milan, hasta el pago completo de los 900,000 ducados que debían satisfacerle, la mitad en el momento y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa las ciudades de Rávena y de Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300,000 ducados de añadidura, y recíprocamente se cuidó de los emigrados refugiados.

Génova, Luca y Siena permanecieron libres; Federico, señor de Mantua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos V y tío de Francisco I, había conseguido mantenerse neutral, y se aprovechó sin pérdida de la victoria. Alfonso de Ferrara, despues de la muerte de Julio II, había obtenido de Leon X la paz; pero este queriendo proporcionar á los suyos un grande estado, trataba de adquirir á Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya por secretos manejos. La muerte libertó á Alfonso *ab ungue leonis*, como hizo grabar en una medalla, y habiéndole acogido bien el emperador, le adjudicó á Módena y Reggio, y el papa por su parte le concedió la investidura de Ferrara mediante 100,000 ducados.

Carlos, fuese por no perder el tiempo, ó por la vergüenza de ver á Milan y á Roma asesinadas de aquel modo, recibió en la misma Bolonia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador germánico que los papas

coronaron: en efecto, desde que la dominación pertenecía á la espada, ¿qué significaba una coronación hecha por el representante de la Italia? Rivalizaron en lucirse la pintura, la poesía, los teatros en aquella régia ceremonia, en una época de tanta esplendidez (1). Los Italianos, cansados y desanimados, se dedicaron á adular á Carlos V, repitiendo que nunca se habían podido figurar tan afable y cortés al autor de tan horribles desastres.

En medio de aquel jubileo se estaba consumando el envilecimiento de Italia, que había empezado con las discordias y concluido con la buena armonía de los poderosos. Ya no existía equilibrio entre sus Estados pequeños, sometidos al emperador ó debilitados. El papa, asustado con los progresos de la reforma, alargó la mano á aquel imperio que sus predecesores habían hecho temblar tantas veces, y mientras que la oposición regularizada del papado había formado en otro tiempo su gloria y grandeza, cambió entónces de divisa y se colocó en el partido de los Gibelinos, conducta que decidió el destino futuro de la Italia. Si hasta allí había tenido esta que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad pública, vió entónces establecerse en su territorio una administración absurda, principios disolventes, opresión sistemática del pensamiento, del ingenio y de la industria.

CAPÍTULO VII

Restablecimiento de los Médicis. — Tercera guerra entre Carlos y Francisco. — Últimos esfuerzos de la independencia italiana.

De la independencia italiana solo quedaba Florencia, única ciudad que no había sido comprendida en la paz general. Despues de la muerte de Lorenzo II de Médicis, último descendiente de Cosme, padre de la patria, los Florentinos habían solicitado de Leon X les devolviese la libertad; pero el papa envió allí al cardenal Julio, bastardo de su casa, que prometió no abrogarse la provision de los empleos, ni ninguna otra prerogativa señorial. En efecto, se atrajo la estimación general, y los mismos que deseaban la libertad de su patria no le odiaban; pero los partidarios de los Médicis prevalecían y tiranizaban á los demas ciudadanos, y nadie obtenía un empleo si no era favorecido por ellos. Clemente VII envió despues á Florencia á otros dos bastardos, Hipólito, hijo de Julian, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, y Alejandro, á quien Lorenzo, duque de Urbino, tuvo de una esclava.

Despues de haber perdido toda importancia como Estado, se vió Florencia envuelta en la

(1) GAETANO GIORDANI, *Della venuta e dimora in Bologna di Clemente VII per la coronazione di Carlo V*, crónica con documentos y grabados, etc. Bolonia, 1842. Llevaba el duque de Saboya un vestido que valía trescientos mil escudos. *Monum. hist. patrie*, script., I, 861.

otros ilustres caudillos entraron al servicio de la república; empréstitos forzosos, la plata de las Iglesias y de los particulares, las piedras preciosas de los relicarios, las heredades de los eclesiásticos y de los gremios, vendidas ó empeñadas, proporcionaron el dinero necesario; nueve comisionados revestidos con plenos poderes debían dirigir la guerra (1).

Excelentes medidas, pero tardías; pues ya se había allanado demasiado el camino á las armas y la servidumbre. La defensa hubiera sido posible en tiempo de Carlos VIII, cuando Pedro Capponi amenazaba echar á vuelo las campanas, cuando se contaba con la inspiración de Savonarola, cuando los Médicis no habían adquirido aun la prepotencia que da la unión del oro, de la espada y de la cruz. Entonces la libertad tenía en su contra el odio de las provincias mal administradas, el descontento de los grandes oprimidos por el pueblo, y la inmensa turba de los hombres serviles comprados por los Médicis, cuya habilidad secular había sabido corromper hasta lo bueno que había en las instituciones. El amor á la patria, convertido en una especie de culto por las predicaciones del fraile, las nobles virtudes güelfas reanimadas en el corazón de la juventud, el valor inesperado en una población de mercaderes, no podían mas que contribuir á que la caída fuese decorosa, siendo imposible que resistiesen á los esfuerzos reunidos de las armas, de la traición y de la fortuna (2).

El duque de Ferrara, reconciliado con el papa, lejos de enviar á su hijo á pelear contra él, le proporcionó artillería: las tropas mercenarias, en cuya fidelidad no había que confiar mucho, parecían temer mas vencer que ser vencidos; ningun socorro podían esperar de la Italia,

(1) El podestá escribía á Baltasar Carducci el 12 de marzo de 1530: « Estamos aquí, como de costumbre, muy gustosos, confiando no solo en la ayuda de Dios, sino tambien en las buenas medidas que se han tomado, tanto respecto de las fortificaciones y de la tropa como de lo demás; y no conjeturamos pueda dañarnos otra cosa que lo largo del tiempo, si bien tenemos decidido resistir mientras nos dure la vida: todas nuestras facultades emplearemos antes que soportar el yugo de la tiranía. La conducta de nuestros ciudadanos es digna sin duda de los mayores elogios, pues á pesar de tantas molestias, no hay gravámen que no sufran por conservar esta libertad, cuya dulzura es mas grata á proporcion que es mayor la guerra que se le hace. Todos acuden á trabajar con sus manos en las fortificaciones de la ciudad. De suerte que, hallándose esta en el día bien fortificada, no tememos á nadie; y con la firme resolución de no perdonar medio ninguno, pensamos resistir hasta que se abra algun respiradero á nuestra salvación. Debemos dar gracias á Dios de que, teniendo dentro de los muros tanta gente extranjera, no haya sobrevenido ninguna de las desgracias acaecidas á otras ciudades sitiadas; por el contrario, se ha engendrado tanto amor y benevolencia entre los soldados y nuestros jóvenes que parecen hermanos, y entre los extranjeros se ve tanta prontitud en correr á nuestra defensa que parece combaten no ménos por sus intereses que por los nuestros. Lo cual resulta de que se hallan muy bien pagados y de que todos les muestran singular afecto; esto, añadido á las malas pagas del enemigo, hace que muchos abandonen diariamente sus filas y se pasen á las nuestras. Así nuestra infantería ha llegado á tal perfección, tanto en cantidad como en calidad, que si saliese á campaña, haría temblar á toda Italia. »

(2) Si Clemente, enfermo á la sazón, hubiese muerto, y Ferruccio, por el contrario, sobrevivido, los Médicis no hubieran dominado en su patria.

cansada de luchar ó aturdida por la victoria. Baglioni, nombrado capitán general, era un guerrero muy hábil, pero « impío, muy cruel, manchado con todos los vicios y crímenes (1); » además había vendido otra vez á Florencia. Clemente VII dirigía contra su patria aquellas mismas bandas feroces que tanto le habían hecho á él sufrir. Se adelantaron á las órdenes del príncipe de Orange, que « aunque detestase sin consideración la avaricia del papa y la injusticia de aquella empresa, había declarado no poder desistir hasta el restablecimiento de los Médicis (2). » Las ciudades se rindieron una tras otra; las personas adictas á los Médicis abandonaron su patria, entre ellas Francisco Guicciardini, que como varios otros de las principales familias, esperaban consolidar una aristocracia, sin conocer que la elevación de aquellos debía fundarse en la humillación de los nobles, y que llevó á los adversarios el auxilio de su talento político, mas útil desde la muerte de Morone, el cual se deshonró presentando á los enemigos de Italia los consejos que contra ellos había empleado. El patriotismo sostenía á los Florentinos: Savonarola parecía revivir en fray Benito de Fojano y los frailes Zacarías y Bartolomé de Faenza, que prometían la victoria y ejércitos de ángeles protectores de los valientes; así los ciudadanos mostraban en la defensa un ardor extremado, y destruidas las casas de campo que adornaban los alrededores de Florencia, se veían traer de allí haces de naranjos y olivos para aumentar las fortificaciones de la patria. Después de la misa mayor, celebrada en la plaza de San Juan, se hizo jurar á los hombres de armas, que ninguno abandonaría á sus compañeros, sino que defendería hasta lo último la libertad. En efecto, « aunque entre ellos había muchos licenciosos y de malas inclinaciones, como estaban divididos en su opinión y pertenecían á diferentes partidos, se abstenerían de llegar á las manos unos con otros, é injuriarse de palabra, diciéndolo: « No es este el momento de hacer locuras, » quitémonos esa gente de encima y después » ventilaremos nuestros asuntos (3). »

En las primeras escaramuzas con el príncipe de Orange se señaló Francisco Ferruccio, ardiente patriota y tipo del héroe popular, que supo mantener la abundancia en la plaza, y lo que es mas difícil, la disciplina entre los soldados. Enemigo de los partidos medios que arruinan y no salvan, cometió varias crueldades: habiendo vencido á Volterra « después de la victoria mandó ahorcar á 14 Españoles que cogió prisioneros;... se apoderó luego de los bienes de los ciudadanos y de la plata de las Iglesias, y prohibiendo bajo pena de la vida que saliese ninguno de la ciudad, alojó á los soldados en sus casas con maneras ásperas é insolentes.... Empleó mucho rigor á fin de hallar

(1) VARCHI.
(2) GUICCIARDINI.
(3) VARCHI.

dinero, y con este motivo hizo ahorcar á dos ciudadanos en la ventana del palacio donde tenía su residencia (1). » Mandó que se ejecutase lo mismo en las murallas con un trompeta que le envió el general Maramaldo, y durante el suplicio, los soldados se burlaban, imitando con una especie de maullido el nombre de aquel capitán. Ferruccio proponía atacar á Roma, ganar á los Alemanes y coger prisionero al papa (2); y es seguro que si Florencia se hubiera atrevido á confiar la dictadura á este caudillo, á Carducci ó á otro de sus ciudadanos, las cosas habrían adelantado mas que colocándose en la necesidad de satisfacer las exigencias de los jefes de bandas, no acostumbrados á obedecer á otros que á los príncipes. Los Españoles, mirando en los Florentinos mercaderes y no guerreros, se negaban á combatir con ellos como iguales; no aceptaban sus desafíos ni querían convenir en su rescate cuando los hacían prisioneros. Habiendo sido cogido Ferruccio en la desgraciada jornada de Gavinana, donde pereció el príncipe de Orange, fué herido por Maramaldo y muerto por los demás.

Batalla de Gavinana, 2 de agosto.

Entretanto los padecimientos eran horribles; se comía de todo; « las gatas tenían un precio bastante subido, los ratones formaban el alimento de la gente pobre, y los asnos se comían en los convites, sin probar el vino. » (SEGNI.) Era difícil adoptar una resolución en medio de circunstancias tan graves, y en tal confusión de cosas. Los partidarios de los Médicis conspiraban en la ciudad, y cuando Baglioni vió que no tenía nada que esperar de la república, la vendió y aceptó un arreglo que le propuso el pontífice. En cuanto lo leyó el dux de Venecia, dijo: — « Ha vendido la sangre de esos pobres ciudadanos, de onza en onza, y se ha quedado ahora presentando el aspecto del traidor mas grande que haya en este mundo. »

12 de agosto.

Se vió, pues, precisada Florencia á capitular con Ferrante de Gonzaga, sucesor de Orange, estipulando quedarian salvas las personas y la libertad; pero muy pronto se eligió una bailía compuesta de doce Palleschi, entre los cuales figuraban Baccio Valori, Francisco Guicciardini, Pedro Vettore, Roberto Acciajuoli; y hecha pedazos la campana, que por última vez había convocado al pueblo para que aprobase lo que habían dispuesto sus vencedores, empezaron los procesos y tormentos; á los mas respetables patriotas se les cortó la cabeza en el patio

(1) SEGNI, *St. fior.*, lib. IV.

(2) Encontramos un hecho nuevo, á saber, que se reclamó la asistencia de los Turcos durante el sitio. El embajador Cornara escribía á la Señoría de Venecia: « No quiero dejar de decirlos que estos señores se informan sin cesar de mí, de lo que hace el monarca turco, manifestando que tienen en él grande esperanza. Ayer han recibido una carta de Ragusa, anunciándoles que aquella potencia preparaba un numeroso ejército de mar y tierra, y que había enviado ya á la Vallona cien galeras y otras tantas balandras. Este noticia ha causado una grande satisfacción á toda la ciudad, de manera que se puede estar casi seguro de que estos señores han hecho conocer al Turco la necesidad que de él tienen: acerca de esto se me ha hablado por personas bien informadas. » *Relazioni venete*, serie II, tomo I, pág. 279.

del jefe de los esbirros; fray Benito fué enviado á Roma á morir víctima de la miseria y de los malos tratamientos, no ménos que de la sed y el hambre (1). Muchos ciudadanos sufrieron el destierro, y á otros se les confiscaron los bienes; Declaró en seguida Carlos V que restituía á Florencia sus antiguos privilegios, con la condición de que reconociese por duque á Alejandro, descendiente bastardo de los Médicis, con quien había casado á una hija suya, también bastarda. La bailía le proclamó y á sus descendientes, mandando aplaudir esta elección.

1531.

Los restos de la antigua libertad molestaban á aquellos que se habían atraído la execración de sus ciudadanos. Felipe Strozzi pedía al papa Clemente que acabase con lo que quedaba de gobierno popular; Vettori aconsejaba no fiarse mas que en los soldados mercenarios, añadiendo: *Pero el verdugo vale mas que ellos.* Acciajuoli opinaba que debía reducirse á la pobreza á los enemigos y á la ciudad, y fingir conjuraciones para irritar al emperador; Guicciardini dijo á Clemente VII que en vano trataría de hacer popular el nuevo gobierno, y que en su consecuencia sería mas provechoso comprometer á las personas ricas y hábiles con el pueblo, á fin de que no reconociesen otro medio de salvación que el apoyarse en los Médicis (2).

5 de julio.

(1) « Nada le sirvió haber expuesto humildemente al papa que era capaz, si su santidad tenía á bien concederle la vida, de componer una obra, en la cual refutaría con claridad y con pasajes de la Divina Escritura todas las heregias luteranas. » VARCHI, libro XII.

(2) Desgraciadamente para la reputación de Guicciardini, se ha dado á luz un *Discurso sobre el gobierno de Florencia*, de que es autor, y donde entre otras cosas dice: « Dos me parecen ser las principales dificultades: la primera que este Estado tiene en contra suya los ánimos de la mayor parte de la ciudad, que en general no se pueden ganar con ningún género de bondad ni de beneficios. La segunda, que nuestra dominación está constituida de modo que no es posible conservarla sin grandes rentas, y el origen principal de esta existe en la misma ciudad, la cual está debilitada hasta el punto de no tratarse de aumentar la industria que le ha quedado, y así todo se perderá algun día. Es, pues, necesario considerar bien esto; porque es lo que ha impedido usar de varios remedios enérgicos y propios para destruir la primera dificultad; y si esta razón no obstase, debería hacerse casi de nuevo todo, no siendo ni útil ni razonable tener lástima de los que han causado tantos males, y que se sabe obrarían peor que nunca, si estuviese en su mano. Pero cuantas mas rentas tiene la ciudad, mas poderoso es su jefe, con tal que sea dueño de ella, y el disminuir cada día dichas rentas con exenciones concedidas á los súbditos, es entender mal los intereses... »

« Paréceme preciso navegar por entre estas dificultades, recordando siempre la necesidad de mantener la ciudad en cierto estado de exaltación, para poderse servir de ella, y lo que bajo este concepto se tratase de reservar para otra época, creo debe ser dilación y no olvido, esto es, que no es conveniente dejar nunca de marchar directamente al fin que el hombre se haya propuesto, y entretanto no hay que perder ocasión alguna de establecer bien á los amigos, ó sea de crearse partidarios; pues en el caso á que los hombres están aquí reducidos, es preciso que caminen por sí mismos, y que propongan y hagan todo lo que se dirija á la seguridad del Estado, sin aguardar á que se les impulse á ello, como se hace quizá hoy. Es cierto que los amigos son en corto número, pero se hallan en tal posición que, si no están enteramente locos, deben conocer que no pueden permanecer en Florencia no estando allí la familia de los Médicis; porque no sucede con nosotros como con los del año treinta y cuatro, que tenían enemigos particulares, y en el espacio de doce ó quince años se vieron libres de la mayor parte de ellos. Tenemos por